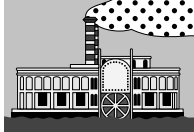


EL BARCO



DE VAPOR

El mordisco de la medianoche

Francisco Leal Quevedo

II PREMIO DE LITERATURA INFANTIL

EL BARCO DE VAPOR –

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO, 2009





Primera edición: enero 2010

Dirección editorial: César Camilo Ramírez

Edición: Carlos Sánchez Lozano

Ilustración carátula: Dipacho

© Francisco Leal Quevedo, 2009

© Ediciones SM Colombia, 2009

Carrera 85K 46A - 66, Oficina 502

Bogotá D.C.

www.ediciones-sm.com.co

PBX: 595 33 44

Correo electrónico: edicionlij_co@grupo-sm.com

ISBN: 978-958-705-292-3

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

1 *El atentado*

Todos dormían en la ranchería del lagarto verde. Todos, menos Mile.

La niña tenía un extraño presentimiento después del peligroso episodio que había vivido, una semana atrás, cerca al faro. Se movía de un lado a otro del chinchorro¹. Cerró los ojos y se quedó quieta, quizás así volvería el sueño esquivo. De pronto sintió que su cabra Kauala la llamaba por su nombre al oído, se despertó completamente y ya no pudo volver a dormir.

Estuvo un rato alerta. La noche era oscura. A lo lejos se oían las olas del mar y por momentos se acentuaba el silbido del viento en medio del desierto. Mile puso atención al tranquilo ritmo de la respiración de sus padres, su abuela, sus tíos y sus primos. Volvió a cerrar sus ojos pesados. Cuando empezaba a dormirse de nuevo, una cabra baló. Una, dos, tres veces. Unos pasos rápidos fuera de la casa le hicieron dudar si estaba en vigilia o dormía.

¹ Especie de hamaca con vuelos laterales que permiten cubrir a quien duerme.

—¿Oyeron? —preguntó en voz baja con la esperanza de que le contestaran.

Y antes de que pudiera oír una respuesta, el silencio de la noche fue interrumpido por un ruido atronador, como si el mundo se viniera abajo y ella quedara suspendida en el vacío.

—¡Al piso, al piso! —gritaba con desespero Leoncio, su padre.

Las ráfagas de disparos se sucedían una tras otra. En medio de la oscuridad los cuerpos se movían y caían al piso. Se oían gritos de angustia y lamentos de dolor.

Luego de unos segundos se oyó una nueva ráfaga y luego otra, esta última más cercana. Mile estaba aterrada: los tiros rebotaban contra las puertas y ventanas. Su corazón se había detenido... A lo mejor estaba muerta...

Los rápidos latidos en su pecho y la respiración agitada le confirmaron que aún vivía.

—¿Están todos bien? —preguntó su padre con voz temblorosa luego de unos segundos.

A lo lejos se oían carros que arrancaban.

Mile no pudo más y se le escapó un llanto entrecortado. De pronto sintió una mano sobre su hombro y luego el calor de un cuerpo. Era Sara, su madre, quien la abrazó durante un momento y

luego la jaló hacia fuera de la casa. Allí ya pudo ver con detenimiento los resultados del atentado. En ese momento su primo Mayelo sacaba en hombros a Isauro, su otro primo, a quien una bala le había rozado una pierna, pero no parecía ser algo grave.

Mile se soltó de la mano de Sara y corrió al corral. Allí estaba su padre con las manos en la cabeza mientras observaba un espectáculo atroz: los asesinos dispararon contra los chivos y mataron a cerca de treinta. La niña reconoció inmediatamente entre los animales muertos a Kaula, su cabra preferida. Un dolor indecible la invadió. Quiso arrojarle a alzarla y tenerla entre sus brazos, pero su abuela Chayo se lo impidió tomándola del brazo.

—No tienes que ver esto.

Entonces Mile se puso las manos sobre el rostro y empezó a llorar sin pausa. Se apoderó de ella un quejido hondo, imparable. Le habían matado a un ser querido. ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué dispararon contra su familia? ¿Quiénes lo habían hecho?

Al fondo un rojo amanecer de sangre presagiaba peores sucesos.

2 *La decisión*

Mile estaba sentada fuera de la casa. Adentro treinta hombres de la familia llevaban ya muchas horas discutiendo a puerta cerrada.

Las mujeres en la cocina comentaban que esta vez el blanco de los disparos habían sido los animales, pero que en el próximo ataque serían ellos. La situación era grave.

Desde el día anterior, al regarse la noticia, todos los parientes cercanos fueron llegando. Algunos venían de la serranía de Jalaala y de la sabana de Wopumuin y acudieron tan pronto se habían enterado del atentado. Hasta llegaron los primos de Nazareth y de Manaure y dos hicieron el viaje desde Maracaibo.

Los hombres salieron. Los rostros tenían la misma expresión: estaban decididos a afrontar unidos la adversidad. Las mujeres esperaban con ansiedad las decisiones urgentes que vendrían.

—Ya está acordado —dijo Leoncio con profunda seriedad—. Partiremos en tres horas.

Las mujeres se miraron consternadas.

—¡Tan poco tiempo para prepararlo todo! —dijo la vieja Chayo.

El tío más anciano, que había venido desde la sierra de Wopumuin, agregó como única explicación:

–Deben marcharse ya, si quieren seguir vivos.

Sin perder tiempo, las cinco mujeres mayores se encerraron en la habitación principal. Al cabo de un rato de esperar afuera, Mile entreabrió la puerta. Chayo la vio y le dijo:

–Sigue y cierra.

Buscó un rincón de la enorme habitación y se quedó quieta y callada, mientras observaba todos los movimientos de las mujeres.

–¿A dónde vamos? –se atrevió a preguntar.

–A la tierra de los alijunas² –respondió Sara secamente.

La abuela le había aclarado poco. Mile nunca había salido de La Guajira y solo sabía que el resto del mundo era alijuna. La palabra tenía un significado extraño para la niña. Si su mundo eran las rancherías, el desierto, el mar, su escuela sobre el acantilado, ¿qué había más allá? Ella había visto

² Los wayuu designan con tres nombres a los seres humanos: *wayuu*, que significa persona o gente; *kusina* que designa a otros grupos indígenas; *alijuna* que son los blancos o en general los no indios.

a los turistas, incluso a personas de otros países que venían de visita al Cabo de la Vela y a Punta Gallinas. Pero otra cosa era ir a vivir entre ellos y compartir sus costumbres.

Mile quería saber más detalles de ese sorprendente viaje, pero las mujeres estaban demasiado atareadas y no le dijeron más. Al cabo de un rato, Sara le entregó una pequeña maleta.

—Hija, no hay tiempo que perder. Alista aquí tus cosas.

Pero cómo decidir qué llevar o qué dejar.

—¿Vamos a estar fuera muchos días? —le preguntó a su mamá.

—Nadie lo sabe, pero debemos prepararnos para un largo tiempo.

Luego Sara dijo, hablando para sí misma:

—Quizás nunca regresemos.

La niña empezó a apilar sus cosas: las mantas multicolores, su mochila, los collares de coquitos, las sandalias de borlas verdes, los hilos para tejer las mochilas y las *aseguranzas*³.

Pero si iban a tardar tanto, incluso, si acaso no volvían, debía llevar su piel de cabra, el único re-

³ Son pulseras multicolores hechas de forma artesanal con tejidos de hilo.

cuerdo de Kauala que su primo Mayelo ya había arreglado y podía caber en algún rincón de su maleta. Alistó también el libro de paisajes guajiros que le había regalado la profesora Luzmila, por haber sido la mejor alumna del año pasado.

–Esto se va, esto se queda –decía a cada rato Sara.

Era mucho más lo que se quedaba, sin duda. Al cabo de un rato ya estaban las tres maletas listas. Los hombres entraban en las habitaciones y luego salían llevando paquetes hacia la camioneta. Sara vino a revisar las cosas de Mile.

–Eso está bien, esto también, pero no te cabrá todo –dijo Sara–. Deja esas tres mantas y las sandalias de borlas. Adonde iremos no vas a usarlas.

–¿Allí nunca habrá una fiesta?

–Quién sabe si algún día estemos para fiestas. Y además allá las fiestas son diferentes.

Las sacó de la maleta. Llevaba unas guaireñas puestas; sería mejor tener dos. Metió el otro par entre sus cosas.

–¿Y puedo llevar mi bicicleta? –preguntó con inocencia.

–Hija, somos muchos, iremos apretados y el viaje será largo.

Había entendido: debía dejarla.

Ya estaba lista la ropa. Salió al patio y recogió el cactus florecido que le había regalado Yosusi⁴, su compañera de pupitre, cuando empezaron las lluvias.

—¿Puedo llevarlo? —le preguntó a Sara.

—En la tierra de los alijunas hace frío y no hay tanto sol como acá.

Pero se quedó dudando y al momento le dijo:

—Si quieres llévalo, aunque es difícil que sobreviva.

Lo empacó en una bolsa, le abrió muchos agujeros para que respirara y fue hasta la camioneta. Le pidió a Mayelo que lo asegurara junto a su maleta.

Después de la tercera hora todos afanosamente llevaban cosas.

—Démonos prisa —dijo Leoncio mientras se movía de un lado para otro—. Saldremos con los últimos rayos del sol.

Entonces Mile advirtió que su papá había alistado el revólver. Era claro que lo llevaría consigo.

—Vámonos ya —ordenó Leoncio.

La camioneta ruidosa emprendió apuradamente la marcha.

⁴ En lengua wayuu (wayuunaiki) significa flor de cactus.

Desde la misma puerta de la ranchería, allí donde se veía el largo tablón con el dibujo del lagarto verde, el carro comenzó a balancearse a lado y lado sobre sobre el camino de rocas y arena.

Empezaba el largo viaje hacia una tierra extraña, lejana.